

FIESTA DE SAN JUAN DE ÁVILA

Seminario de Astorga, 10 de mayo de 2016

Queridos hermanos sacerdotes:

La fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero español, nos ha reunido a los sacerdotes del presbiterio diocesano esta mañana aquí en la capilla del Seminario de Astorga para celebrar la eucaristía de acción de gracias a Dios junto con los hermanos sacerdotes que cumplen este año los cincuenta y veinticinco años de ministerio sacerdotal.

Nos alegra la presencia de D. Camilo, nuestro querido obispo emérito. Nos unimos a su particular acción de gracias en sus bodas de oro sacerdotales. Su vida ha estado marcada por la atención a los sacerdotes. Primero como rector del Seminario de Ourense y después como obispo de esta diócesis de Astorga. Es justo, pues, que le acompañemos con afecto y agradezcamos su generosa entrega a tantos seminaristas y sacerdotes a los que acompañó, por quienes intercedió y oró ante el Santísimo, a quienes, en fin, enseñó con su palabra y con su ejemplo a vivir conforme a la voluntad de Cristo, el Buen Pastor. Gracias, D. Camilo, por su testimonio de sacerdote humilde y sencillo, gracias por su buen hacer como padre y pastor.

Felicitemos y agradecemos también la entrega y dedicación al ministerio sacerdotal como presbíteros de esta diócesis a los sacerdotes: D. Eladio Álvarez Álvarez, D. Florentino García Vega, D. Pedro Centeno Vaquero, D. Ricardo Fuertes Vega que cumplen este año los cincuenta años de ministerio sacerdotal así como a los sacerdotes: D. Jesús Prieto Pernía, D. José Fernández de Abajo y D. Julio Alonso González en sus bodas de plata. Al contemplar vuestras biografías descubrimos la grandeza de la misericordia de Dios que, por medio de vuestro ministerio, perfecciona en el amor a su Pueblo para que un día pueda participar de los gozos eternos. ¡Dios os bendiga y os guarde siempre en su amor!

El salmo 89 describe la vida humana como “un ayer que pasó”, como “una vela nocturna” como “hierba que florece y se renueva por la mañana y por la tarde la siegan y se seca”. Tal es la fragilidad y volatilidad de la vida del hombre aunque este no lo quiere reconocer

ofuscado por los progresos de la ciencia y de la técnica. Frente a nuestra fugacidad se presenta la eternidad de Dios y su infinita misericordia que no pasa nunca. Por eso el creyente – y con más razón el sacerdote- no confía principalmente en sus propias fuerzas sino en la gracia y la misericordia de Dios que es en donde encuentra “su refugio de generación en generación”. Es necesario pedir al Señor, como lo hace el salmista, que nos enseñe a “calcular nuestros años para adquirir un corazón sensato” porque, “aunque uno viva setenta años y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil porque pasan a prisa y vuelan”

No debemos olvidarnos que el sacerdote, configurado con Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, entrega cada instante de su vida a Dios y a los demás. Camina por esta historia confiando en la acción misericordiosa de Dios que perdona sus pecados, lo fortalece en la debilidad y lo empuja a la misión. La vida espiritual del sacerdote se apoya en la gracia que recibe, principalmente en la meditación de la Palabra de Dios, en la gracia permanente del Sacramento del orden, en la eucaristía y en la penitencia. Quien vive en esta clave de gracia y misericordia, las obras apostólicas que realiza dan fruto abundante y son también fuente crecimiento espiritual del sacerdote.

Los que hemos sido ungidos por el Espíritu Santo para realizar en este mundo las veces del Buen Pastor apacentando al Pueblo de Dios que camina hacia la casa del Padre, estamos asidos de la mano misericordiosa de Dios. Él es fiel a su promesa y, a pesar de nuestras faltas, nuestras ausencias e inhibiciones, no nos deja de su mano. Él siempre está dispuesto a cubrir nuestras vergüenzas con el manto de su misericordia y de su perdón. San Juan de Ávila exclama en el Sermón 21 pronunciado en Granada a propósito de la parábola del fariseo y el publicano: ¡“Oh, bendita sea tu misericordia, Señor, que, después que nos criaste, nunca jamás nos dejaste un punto en tu mano!”

Conocedores de esta disposición divina, los sacerdotes debemos acudir con frecuencia al tribunal de la gracia y de la misericordia que es Cristo Jesús resucitado y recostarnos en su pecho como lo hizo el discípulo amado en la Última Cena para llenarnos de su amor y así

poder realizar nuestro ministerio según el Corazón de Cristo. Esta espiritualidad sacerdotal es un camino seguro para que nuestros días y años no sean una fatiga inútil.

En el evangelio que acabamos de proclamar, Jesús manifiesta su unidad con el Padre y nuestra unidad con Él y con el Padre. Pide al Padre que nunca se rompa esta unidad por las insidias de este mundo. Es, pues, deseo del Señor que permanezcamos unidos en el amor por obra y gracia del Espíritu Santo. Esta unidad con Dios y con los hermanos que creen en Dios es absolutamente necesaria para que el mundo crea que Jesús es el enviado de Dios, para anunciar a los pobres la buena noticia y para proclamar el año de gracia que nunca se acabará.

Hermanos, todos los esfuerzos que hagamos por mantener la unidad en el presbiterio y de éste con el obispo nunca serán en vano. En esta diócesis, por lo que puedo observar en estos pocos meses, habéis cultivado esta unidad sacerdotal. Y, aunque cada sacerdote tiene su propia peculiaridad, sin embargo observo en vosotros un ambiente de hermandad y fraternidad esencial que os pido por favor que cultivéis para bien de la diócesis. Por mi parte trataré de fomentarla y acompañarla. En la homilía de la Misa Crismal os hablaba de la fraternidad sacerdotal que se visibiliza en el respeto mutuo, en el acompañamiento recíproco, en el perdón de las ofensas, en la presencia activa en las reuniones y en la solidaridad. Hoy quiero añadir otra manifestación de la fraternidad y de la unidad del presbiterio, se trata de la oración de intercesión de unos por otros.

Jesús ora constantemente por nosotros, intercede ante el Padre para que los que creen en Él se mantengan unidos. La Iglesia entera ora e intercede por sus ministros. Nosotros también debemos orar unos por otros, especialmente por aquellos que se encuentran atrapados por la enfermedad, la ancianidad, las dudas vocacionales o la fatiga y el cansancio de la vida pastoral. La oración en común de unos por otros nos unirá más y nos hará fuertes para vencer con Cristo al mundo. En vuestra oración no dejéis de pedir por mí que soy tan débil como vosotros, para que escuche la voz del Espíritu Santo la ponga por obra.

Pido al Señor por intercesión de San Juan de Ávila y de la Virgen María que sepamos reconocer el amor que Dios nos tiene acudiendo a su misericordia para fortalecer todos los instantes de nuestra vida. Para hacerlos fecundos, no por nuestros méritos ni buscando nuestra gloria sino buscando siempre el bien de los demás y la gloria de Dios.

+Juan Antonio, obispo de Astorga